



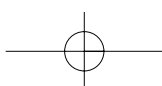
JOSE LUIS BERNAL SALGADO

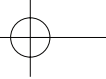
Alonso Guerrero, *EL EDÉN DE LOS AUTÓMATAS*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004

---

Pese a que tantas veces se niegue, la crítica literaria “volandera” de nuestros días está indisolublemente ligada a la fecha de caducidad del producto que se comenta, como si la auténtica literatura tuviera únicamente que ver con el mercado literario. A nadie extraña que los libros desaparezcan de las librerías con una velocidad de vértigo cuando pierden esa característica inconsútil de ser “novedad”. Tenía toda la razón del mundo Marsé cuando quería hablar de “literatura” y no de “mercado literario” aunque lo hiciera fuera de tiesto o, quizá mejor, en el tiesto equivocado: el ámbito de un premio literario para el que “mercado” y “novedad” son dos principios básicos de su razón de ser literaria. De manera que como lo que pretendemos es hablar de literatura a propósito de una novela excelente y de su autor, escritor cabal y riguroso, alejado lúcidamente del mundillo literario ajeno a la literatura, lo de menos será que la novela de marras no sea una novedad estricta, ni una “noticia” literaria al uso.

Desde que ganara el Premio Felipe Trigo de narraciones cortas en 1982, con su relato *Tricotomía*, Alonso Guerrero, entonces estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras cacereña, ha crecido sin pausa como narrador, hasta construir una obra, pese a su juventud, sólida y rigurosa, sometida implacablemente a una altísima exigencia literaria que no admite concesiones a la galería, gestos y carantoñas al mercado literario. Actitudes como la suya son raras, pero no únicas, por fortuna, aunque no todos los que se empeñan en ello sobrevivan a la multiplicidad de “exilios” que asedian a un escritor de nuestros días, asechanzas en fin que

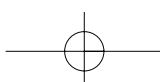


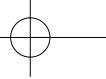


mantienen en perfecta actualidad a los versos de Cernuda en sus "Supervivencias Tribales en el medio literario". Y eso pese a que el caso de Alonso Guerrero está avalado y respaldado por algunos premios significativos, como es el caso, además del citado Felipe Trigo, del Premio Navarra de novela corta en 1987, con su novela *Los años imaginarios*, que editaría bellamente Pamiela. Es verdad que en estos veintitrés años la producción "conocida" de Alonso Guerrero no es muy abundante, pero sí selecta, rigurosa, como decíamos, empeñada en la exigente tarea de renovar lo heredado. En nuestro autor es clave entender la fructífera tensión que se produce entre el lector, devorador de libros, y el escritor, empeñado tantálicamente en "no repetir", en indagar, en experimentar. En 1991 publicará en la colec. Narrativa de la Diputación de Badajoz su novela *Los ladrones de libros*, que continuaba esa línea ascendente de construcción de un mundo literario ligado estrechamente al propio crecimiento del autor como creador, a la aventura y maduración de su escritura. En esa destilación lenta, aparecería su relato –tan voceado después por motivos harto conocidos y no menos equivocados– *El hombre abreviado* (1998, luego reeditado por DeBolsillo), inserto en la col. "La Gaveta" de la ERE que con tanto amor y tino crearía nuestro recordado Fernando Pérez. También en 1998 aparecería su penúltima novela, en la prestigiosa colección de novela de "Los libros del Oeste", *El durmiente*, que venía a culminar ese proceso decantado de maduración y aquilatamiento de un estilo diferente, así como su libro de relatos *Fin del milenio en Madrid*, editado por De la Luna libros, en 1999.

Tras un silencio editorial de seis años y al paio, por fortuna, de los conspicuos acontecimientos históricos que le atañían por pura ley gravitatoria y que los "zoilos" de turno airearon sin tregua, Alonso Guerrero nos entregó su última novela hasta la fecha: *El edén de los autómatas*, sin duda su mejor novela.

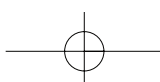
*El edén de los autómatas* es una novela excelente y no sólo, aunque ello ayude, porque es también una novela diferente, anómala. La obra plantea con originalidad narrativa y rigor estilístico de altura un debate, una reflexión actualísima, y dignifica la posición y actitud del intelectual-escritor en este nuevo fin de siglo desconcertante y terrorífico. La novela nos propone por debajo de su narración, de su historia referencial, con sus personajes y su aventura vital reconocible, una cuestión de fondo que entraña mucha enjundia y valentía: ¿Qué puede decir, cómo puede responder el intelectual, o digamos simplemente el hombre que piensa, ante la atrocidad del presente, ante el aterrador panorama del mundo moderno?

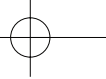




La confrontación entre el filosófico, trufado de contenido de esencia literaria, a través de nombres o citas de autores y textos que han pensado y analizado el mundo anteriormente, y el nuevo hombre de acción moderno, el terrorista ideológico que aniquila el mundo en que vivimos es la entraña del relato. Pero, al mismo tiempo Guerrero plantea la cuestión de fondo de todo este engranaje convulso: Nuestro mundo civilizado es el producto de una perversión íntima en la que hemos sublimado lo bastardo, lo nefando. La luz de la razón ha sucumbido definitivamente a los viejos y crueles pecados que han assolado la historia de la humanidad: el poder, el dinero, la ambición, la falta de principios, la ausencia de virtud. Nuestra sociedad está desmoralizada y, en consecuencia, no tiene moral ni ética. Los grandes estandartes de nuestro mundo disfrazan de justicia intereses perversos; la democracia, los derechos del ciudadano y el bienestar no son más que añagazas con las que engañamos nuestro sueño de felicidad, de ser mejores.

La capacidad incisiva y crítica del novelista es asombrosa, pues el varapalo afecta muy descaradamente al mundo educativo, que él conoce. Esta no es sólo una novela que hace pensar, sino una novela que nos exige reflexionar, parar mientes es nuestra existencia. La paradoja de la propia escritura radica en que la construcción de la novela constata la desesperanza, el desaliento en que desemboca el “automatismo” de nuestras vidas. El oxímoron del título lo dice todo, vivimos en un edén de autómatas. La alegoría de la maqueta del tren (vida) es ese edén de los autómatas, en el que la desautomatización conduce irremisiblemente a la destrucción, a la aniquilación, al descarrilamiento (y la triste actualidad del desastre ferroviario del “11 M” en nuestro país, da un pavoroso sentido a la parábola de Guerrero). Con todo, el espléndido final de la novela en que se narra la muerte de Hamlet, su último viaje en el tren, recuerda intencionadamente ese tren de cadáveres de Dámaso en su magistral poema “Mujer con alcuza”, aludido levemente en su novela. Esa obsesiva circularidad de la historia y del texto en la últimas páginas nos da la clave para comprender la estructura circular, cerradísima, autómata de toda la novela. Además la escritura es primorosa; y el cuidado léxico, la sintaxis precisa y el gusto de la narración, constituyen un sustento intencionadamente precioso para un caudal ominoso y hasta molesto de pensamiento, de elucubración filosófica abstrusa. Es como si el autor se hubiera esforzado esmeradamente en crear un soporte bellissimo estilísticamente para engastar, como un orfebre, una joya fea, desagradable, antipática: esa realidad aterradora, que desgraciadamente representa, disfrazada de símbolos





aborrecibles del pasado inmediato (nazismo, fascismo, etc.), un presente que encarna ciertos temores del futuro reciente (las utopías *ficcionales* que la creación contemporánea, desde al cine a la narrativa, nos ha mostrado). La novela nos ofrece la realidad, pero sus atributos perfectamente reconocibles no los ve nadie, no los quiere ver nadie en esta sociedad satisfecha, modernísima, en este “edén de autómatas” en que vivimos. Así, las dosis de verosimilitud que estructuran el texto: espacios ciudadanos reconocibles, grupos violentos de ideologías fundamentalistas, el mundo de la droga, el sexo, etc., se tamizan en un discurso filosófico densísimo, incluso abstruso, que encuentra en la carnalidad y fastuosidad expresiva de la prosa de Guerrero un contrapunto efectivo.

Leía hace poco tiempo de la mano de Vila-Matas una frase deliciosa del gran Macedonio Fernández: “Varias veces emprendí el estudio de la metafísica, pero me interrumpió la felicidad”; quizá Guerrero se toma en su novela las cosas “con filosofía” (glosando a Savater), porque es la única manera de soportar y encarar la infelicidad que nos acosa. Pero en fin de cuentas y por paradójico que parezca el regusto final de la novela es esperanzado para el lector, amén de corroborar contundentemente a un narrador indispensable, necesario, en la novela española de este nuevo siglo XXI.

